

*Sé que no apreciarán tus recios bríos
De mi alma libre la triunfal bandera,
La que ostenta la flor de mis devotas
Cuando bago temblar su faz guerrera.*

*Es inútil que el ritmo de tus aires
Marque el sigor de tu viril arrojo,
Y atado al estabón de mis devotas
Las dientes bingues en tu labio rojo.*

*Es inútil que bebedido de coraje
Suella la garrá en pos de tu quinera,
Como el león que acecha entre el bosque
Des al aire la ondeante cabellera.*

*Yo soy como la firme roca erigida
Que el oleaje amenaza en su bravura,
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.*

*Como la cumbre humbida entre los cielos
Más allá de los astros inmortales,
Que no pueden tocar los raudos vientos
De las más fuertes águilas caudales.*

*Es inútil que rujas y seguro
Contra mí pecho tu potencia esgrimias,
Yo tengo un corazón belado y duro
Como la blanca nieve de las cimas".*

El invariable enigma femenino se manifiesta de tal modo en su canto en uno de sus aspectos más hondos e imprevistos. Y para equiparar la magnitud y la sensación de su misterio, viene a mi memoria el caso de aquella admirable rusa, María Baskirshelff, no porque el ejemplo resulte análogo, ni por el modo literario de una y otra artista, ni tampoco por la posición moral de ambas frente al tema amoroso. Lo evoco, aunque diferente, por el espectáculo desconcertante que él también representa. María Baskirshelff, proclamada junto con Jorge Sand y Ada Negri, como al tipo completo de la mujer intelectual, fué algo así como "una Santa Teresa de la carne". Vivió para la devoción y el éxtasis de su propio cuerpo. Idolátricamente ante su cuerpo, virginal y joven, prosternó su espíritu en todos los instantes de su vida, como si fuera una divinidad antigua. Y cuando presintió que llegaba el momento supremo de su existencia, visitó de rosas a su frente inspirada y de blanco a su cuerpo, para desposarse con la muerte.

Nuestra heroína cantó el amor muy lejos del simplicismo hoy de moda, y que detrás de su ingenuidad muchas veces "voulu", no se oculta otra cosa que la mediantía y la pobreza líricas. Cantó al amor en sonoridades ignotas y relampagueantes, coincidiendo a menudo su filosofía con la del lema wagneriano puesto al frente de uno de los dramas sinfónicos: "grande es la fuerza del que desea, pero más grande es la fuerza del que